

tuna, lo permanente en continua movilidad, gestando posibilidades infinitas de multiplicidad a lo sociocultural.

Al leer *Paisajes y vivencias* da la impresión de estar viviendo un bolero del desamor en el cual el autor se quiere asir fuertemente a un pasado que no tiene lugar ni en el ayer ni en el presente por venir. Es una especie de eco en nostalgia de un cántico conservador cuyo lugar queda atado al mero texto.

WILLIAM TORRES C.

Costa Rica y sus peces

Peces de las aguas continentales de Costa Rica
William A. Bussing
Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, 1987, 271 págs.

Ha llegado a mis manos esta obra de William Albert Bussing, sobre la ictiofauna dulceacuícola de Costa Rica, y, por su enorme relación con nuestros recursos naturales, considero conveniente divulgarla en Colombia. El volumen se halla dividido en nueve capítulos: Historia de la ictiología en Costa Rica (una página); Consideraciones ictiogeográficas (una página); Ambientes acuáticos y sus peces (tres páginas); Material y métodos (siete páginas); Clave para la identificación de familias (doce páginas); Las especies de peces nacionales, con claves y comentarios (199 páginas); Glosario de términos ictiológicos (tres páginas) y Referencias bibliográficas (cuatro páginas). Además, se incluyen otras secciones como presentación, prefacio, introducción, lista de figuras e índice.

Puesto que el capítulo de mayor interés desde el punto de vista científico es el que analiza las especies costarricenses de peces, pasaré a referirme detenidamente a él. El total de especies contempladas es de 127, entre las cuales sólo dos son cartilaginosas. Los peces incluidos se pueden sepa-

rar en dos grupos, según su relación con las aguas marinas; así, ochenta especies (63%) son consideradas exclusivas de agua dulce, mientras que el resto tolera en alguna circunstancia la presencia de sales en el agua. Obviamente, la mayoría de los peces comunes a Costa Rica y Colombia son del segundo grupo, ya que sólo 15% (doce especies) de las que no soportan agua dulce (todas óseas) son comunes, mientras que 68% (32 especies) de las eurihalinas incluyen en su rango a los dos países.

Desde el punto de vista taxonómico interesan varios casos: *Rhamdia guatemalensis* (Günther, 1864) es el nombre apropiado para el liso negro (*R. wagneri*: Dahl¹); *Poecilia gilli* (Kner y Steindachner, 1863) es probablemente el nombre correcto del pipón, común en la región de Santa Marta (*Mollienisia*: Dahl¹); ¿cuál es el nombre correcto de la azuleja: *Aequidens coeruleopunctatus* (Kner y Steindachner, 1863) o *A. pulcher* (Gill, 1854)?; ¿Todavía no se conoce con certeza el nombre específico del *Sycidium* o tití de la región de Santa Marta! Pero muchos más interrogantes surgen con los aspectos zoogeográficos involucrados; p. ej.: la gran mayoría de los peces eurihalinos tienen un amplio rango de distribución norte-sur; la enorme riqueza de especies en Costa Rica de las familias Poeciliidae (20) y Cichlidae (23), las cuales son relativamente pobres en especies en Colombia y de origen filogenético totalmente distinto del de los Ostariophysi; 27% de los Ostariophysi son comunes a Costa Rica y Colombia, mientras que sólo 10% de los Poeciliidae y 4% de los Cichlidae

existen en ambos países. Claro que pocos de estos análisis se hubieran podido intentar sin la presencia de los 45 excelentes mapas con la distribución de los peces estudiados, que acompañan al capítulo sistemático de esta importante obra. Pocas incoherencias logré detectar; se destaca el empastado de incluir el párrafo de *otros datos* de *Centropomus pectinatus* bajo *C. robalito* (página 170) y la no separación de las formas de *C. pectinatus sensulato*. Errores menores como decir que *Carcharodon carcharias* es un carcharhínido (página 59), cambiar de siglos las fechas de los nombres específicos (páginas 60 y 64), decir que *C. pectinatus* crece hasta 3,5 m. (página 170), ¿cómo será: *Hemieleotris latifasciata* (página 225) o *H. latifasciatus* (página 252)?, de ninguna manera reducen el valor de este libro.

Me pregunto por qué nuestra bienamada Costa Rica, cuya ictiofauna viene siendo estudiada sólo desde 1906-1908, puede producir esta magnífica y hermosa obra, y nosotros, que intentamos estudiar nuestros peces desde exactamente un siglo antes, no podemos. ¿Tendrá algo que ver el que ellos no sean un país de militares?, pero lo que más me impresiona es que somos tan parecidos. . . En todo caso, ¡felicitaciones a Bussing y a Costa Rica!

ARTURO ACERO P.

¹ George Dahl, *Los peces del norte de Colombia*, INDERENA, Bogotá, 391 págs., 1971.

